

¿TIENE GENERO LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA?

En mi ser mujer, la lectura del Decreto Nº 14 de la Congregación General 34, «Los Jesuitas y la situación de la mujer en la Iglesia y en la Sociedad Civil» movió una serie de sentimientos: como en buena mujer ¿no?

PRIMERO LA SORPRESA

La sorpresa fue muy grande. A medida que leía, una sensación de satisfacción y confirmación con lo que allí se expresaba, me iba embargando. El discurso era muy diferente a los que hasta ahora había leído, surgidos del seno de la Iglesia. Ya desde el título se notaba otro enfoque: el de «la situación de la mujer». Al saber que los Jesuitas, congregación masculina, habían tratado el tema, me hubiera esperado algo más de lo acostumbrado: una serie de loas sobre la mujer, que terminarían, como siempre, en una laguna de «no comprometerse en nada», de «dejar las cosas como están» y de no «aceptar nada nuevo».

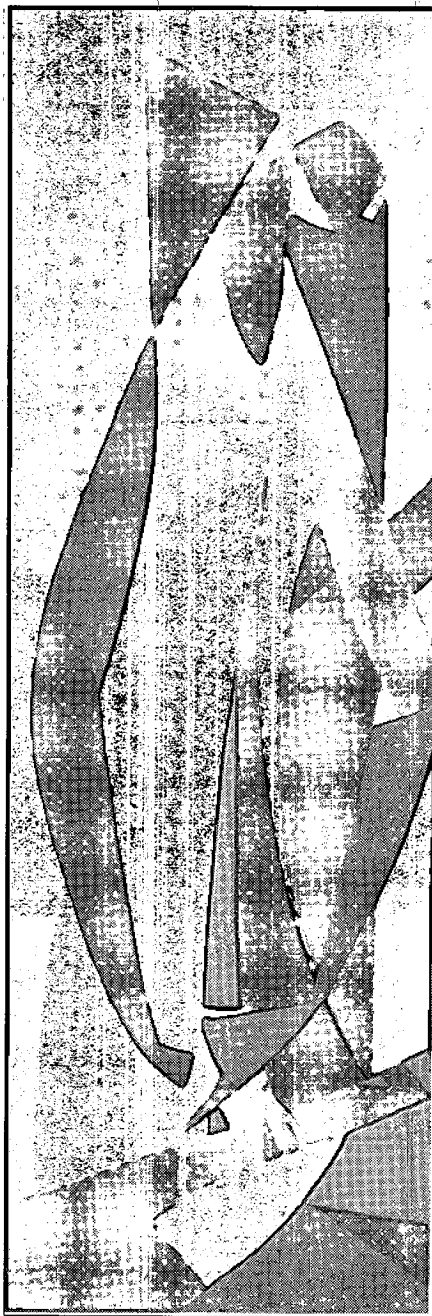
El estilo tradicional no es sobre «la situación» de la mujer, sino, más bien desde una posición masculina, un discurso en el cual fundamentalmente se expresan las enormes cualidades, sentimientos y potencialidades de nuestro género: el sacrificio; la entrega, el servicio, la acogida... No lo niego, pero es tan abundante lo que nos dicen, en la sociedad en general y más aún en el seno de la Iglesia, que no resulta real porque lo que subyace en el fondo es un discurso de rechazo y un deseo de mantenernos alejadas de lo que pudiéramos llamar «centros de poder». Esas u otras son cualidades que puedo o no alcanzar, pero no quita que también pueda tener otras muy distintas, como la eficacia o la productividad, o la organización —se necesita ser muy organizada para hacer algo que uno suele hacer diariamente: garantizar que cosas tan disímiles como arroz, platanos fritos, ensalada y carne lleguen a tiempo y caliente a la mesa de unos hambrientos muchachos—. Lo mismo diría de los defectos. Ser sentimental o llorar no significa necesariamente que seamos blandengues o inútiles y que no seamos capaces —como está más que comprobado— de tomar decisiones firmes y a veces hasta muy duras. O el verbalizar más los hechos no implica necesariamente que todas seamos chismosas. Lo que quisiera destacar es que no podemos dejarnos fijar unas cualidades o defectos, que nos

encasillen también nuestro ser cristiano o nuestro ideal de personas. Nuestro camino de perfección no puede tener limitantes y encasillamientos, como a veces pareciera que resulta de los discursos tradicionales eclesiales, a pesar de que esto deje muy mal al pobre Espíritu Santo. Definitivamente, fue la primera sorpresa. Este documento es diferente, reconoce este doble discurso cuando refiriéndose a la situación habla de la discriminación «enquistada» en las estructuras de todo tipo: económicas, sociales, políticas, religiosas y lingüísticas.

Otro elemento que me causó agradable sorpresa, y con lo que me sentí muy identificada, fue la exhortación que proponen como respuesta a su desafío: «escuchar la experiencia de la mujer con atención y valentía». Comparto la afirmación que sigue en el texto: uno se percibe muchas veces, como no escuchada; utilizada, sí. Uno sirve para hacer cosas; pero la opinión no es tan importante como los trabajos y, si éstos son los más serviles, mejor. Esto no es nuevo, pasa casi en todos los ámbitos, y eclesialmente más. Las discípulas de Jesús también se sintieron que no las escucharon. Luego de la muerte del Nazareno, nadie pareció tener tanta fe en las palabras del Maestro como ellas. Creyeron que las cosas no podían terminar así, que la última palabra se la había reservado el Padre y no la podían tener los hombres. A ellas, primero que a nadie, se les manifestó el Resucitado.

Pero... no les creyeron. Ellas «tenían que hacer»: ir al sepulcro a perfumar y amortajar mejor el cadáver. Ellos se quedaban haciendo lo importante, pensar cómo iban a salir de Jerusalén ilesos y sin que nadie los sorprendiera por el camino. No las escucharon. Los discípulos de Emaús necesitaron que les explicaran las Escrituras y no lo reconocieron sino hasta que el Maestro partió con ellos el pan; iban por el camino contando, con un dejo despectivo, que «algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron sorprendidos»: luego de ir al sepulcro «volvieron a contarnos que se les habían aparecido unos

Mireya Escalante



Lo que quisiera destacar es que no podemos dejarnos prefiar unas cualidades o defectos, que nos encasillen también nuestro ser cristiano o nuestro ideal de personas. Nuestro camino de perfección no puede tener limitantes y encasillamientos, como a veces pareciera que resulta de los discursos tradicionales

LUEGO DE LA SORPRESA, LA REFLEXION

No quisiera que se interpretara mi reflexión como la típica visión feminista, ya tan desprestigiada. Es más un enfoque de género, y así quisiera que se entendiera. No es hablar de igualdades, que no lo son tales. Algunos han dicho que parecemos hasta especies diferentes, producto justamente de las desigualdades. En lo que sí somos iguales es en nuestros derechos. Ya lo gritó Pablo en su manifiesto de la libertad, que es la carta a los Gálatas: «no se hace diferencia entre hombre y mujer» (Gal 3,28), expresión que usa para indicar que ahora todos somos hijos de Dios. Y Dios no tiene preferidos entre sus hijos. Más aún, con un rasgo muy maternal, prefiere a los más débiles y desprotegidos, sean éstos quienes sean.

Pero no quiero fijarme en la discriminación, que el documento refleja, relativa al «dominio del varón en sus relaciones con la mujer», manifestado en múltiples expresiones, aun las violentas, sino más bien en las consecuencias que la no escucha ha traído y pueda traer.

Escuchar la parte de verdad que tiene el otro es el único medio de construir la verdad; por eso pienso que vamos pregonando, si no unas medias verdades, al menos una sola visión de las cosas, olvidando que existe una visión femenina que complementa la de casi hasta ahora exclusiva visión, la masculina. Esto lo recoge el documento en un gratificante párrafo sobre el agradecimiento, en el cual apunta aportes que religiosas y laicas, expertas en los Ejercicios, han hecho en la visión de la Compañía y de su apostolado. Y aquí está el reto.

El documento pide valentía para escuchar, y necesitamos valentía para hablar y completar esa visión hasta ahora incompleta. No podemos seguir esperando que otros hablen por nosotras. Eso lo expresa claramente el documento: «No pretendemos hablar en nombre de la mujer». Sería un garrafal error que esto sucediera.

Un aspecto que percibo ávido de este aporte son los Ejercicios Espirituales, que han estado, al menos en Venezuela, demasiado concentrados en manos masculinas y clericales. El «ayudar a las almas» —razón de dar los Ejercicios, en expresión de san Ignacio— no depende de ser laico o religioso, como él mismo lo demostró, puesto que sus primeros Ejercicios los dio no estando consagrado. Tampoco —diría yo— depende de que sea varón o mujer. Dependerá más bien de los deseos de «ganar personas al servicio de Dios».

Creo que podemos hacer un aporte, como mujeres y laicas, en la experiencia de los Ejercicios Espirituales, de gran riqueza y significación. No por el simple aumento de la mano de obra para hacer vivir la experiencia a otros. Sino por el complemento de la visión desde nuestro ser laico y femenino. Hay mucho terreno que trabajar, y no me refiero a las experiencias parecidas o basadas en los Ejercicios, en los cuales no hay recelo y sí podemos participar. Sé que podemos ser capaces de, además de vivir la experiencia, prepararnos para acompañar a otros a vivirlas. En el directorio de Ejercicios para America Latina, preparado por el Centro Ignaciano de Espiritualidad, no se hace diferencia en los posibles candidatos para dar los Ejercicios¹; se pide, sí,



Creo que podemos hacer un aporte, como mujeres y laicas, en la experiencia de los Ejercicios Espirituales

ángeles que decían que estaba vivo» (Lc 24,22,23).

Ellas, las mujeres, sus discípulas, no necesitaron como Tomás ver las marcas de la cruz, meter sus dedos en el lugar de los clavos y tocar la herida de su costado. Ellas recordaron las palabras de Jesús, creyeron y, al contárselo a sus compañeros, no las escucharon. «Los relatos de las mujeres les parecieron puros cuentos, y no les hicieron caso». (Lc 24,11). Hay que escucharnos con atención y valentía: algo tenemos y podemos decir.

Escuchar la parte de verdad que tiene el otro es el único medio de construir la verdad; por eso pienso que vamos pregonando, si no unas medias verdades, al menos una sola visión de las cosas, olvidando que existe una visión femenina que complementa la de casi hasta ahora exclusiva visión, la masculina.

formación, actitudes y cualidades personales, según el tipo de Ejercicios. Pero hay que reconocer claramente que la discriminación no se circunscribe al varón. El hecho de ser algo casi estructural afecta también a la misma mujer: nosotras mismas nos discriminamos. «Urge —como menciona el documento— a cambiar las estructuras». Tendríamos que crear los espacios para dar nuestros aportes a la Iglesia; pero esto pasa por una apertura de nosotros mismos, laicos que acepten a laicos, religiosas que acepten mujeres. No se ven muy frecuentemente, y es lamentable, relaciones de estrecha y enriquecedora amistad entre religiosas y laicas. Creo que en ese sentido, como lo demuestra el mismo documento, los Jesuitas han oído mucho más nuestras voces y se han relacionado más con nosotras. Tal vez —y quisiera estar equivocada— si se hicieran tandas de Ejercicios para religiosas dados por una laica o laico, costaría mucho llenar el cupo, pero más rápido se llenaría con el varón que con la mujer (¿atracción natural por ser sexos diferentes?). Hay que romper viejos paradigmas, como en el caso de aquella pequeña experiencia con laicos en una tanda de cuatro días: en la evaluación se valoraba que estas cosas «fueran dichas por alguien como uno», en expresión de uno de ellos, casi en el sentido de «uno de carne y hueso, como uno... pecadora como uno».

La modalidad de Ejercicios en la Vida Corriente, que san Ignacio supo prever, parece estar diseñada para nuestro tiempo y ritmo de vida, y creo que puede tener por ello una buena aceptación entre laicas y laicos. Hay experiencias interesantes de un grupo de mujeres y hombres sencillos, unos treinta, de un barrio de Barquisimeto que, acompañados por el P. Huarte, demostraron constancia y dedicación culminando sus Ejercicios. Muy poca ha sido mi propia experiencia, pero he sido acompañante de los Ejercicios en la Vida Corriente, y creo que, por naturaleza y sin exagerar las cualidades, nuestro ser mujer conlleva capacidad de diálogo, capacidad de observación (para



detectar en el ejercitante cambios de ánimo, variaciones de sus movimientos internos), saber escuchar y tener la paciencia necesaria y cierta psicología. Estas, entre otras, son cualidades que una madre tiene. No digo que sean exclusiva de la mujer (sería contradecirme), pero sí que hay una propensión natural que hace que sea más fácil adquirirlas. Entonces ¿por qué no aprovecharlas?

No deja de llamarme mucho la atención que en el documento la Compañía tenga el valor de reconocer públicamente su complicidad con la ofensa a la mujer. La satisfacción que al leer esto pude sentir fue sólo el primer momento; luego más bien me produjo un entusiasmo el ver cómo estamos muy próximos a crear

nuevos paradigmas, para finalmente sentir que esto debe ser para nosotros una llamada de atención muy fuerte, porque, si no, puede significar que lo que más costaba ya lo hicieron y ahí nos quedemos. Somos nosotras las que tenemos que dar los pasos siguientes en ese camino de la reconciliación entre el hombre y la mujer. ■

Mireya Escalante es ingeniero, Directora Regional de Fe y Alegría en Los Andes

1. Véase «Los Ejercicios Espirituales en América Latina «Hacia un» Directorio de Ejercicios desde América Latina». Centros Ignacianos de Espiritualidad de América Latina. Octubre 1990. Edición publicada en Venezuela, Mérida 1992. Pág. 35 a 41.